

*Sensus vitae et Angustia.*  
El Cristianismo y la experiencia de la Angustia

Juan Pedro Rivero González\*

**Resumen**

La angustia como señal de existencia humana puede ser buena o mala, desencadenada por circunstancias externas o por predisposición interior y también puede afrontarse de muchas maneras. La filosofía y la psicología cuentan con suficiente bagaje de comprensiones, teorías o terapias que intentan responder al fenómeno de la angustia desde distintos puntos de vista. En este estudio se pretende reconsiderar las respuestas que han surgido del quehacer teológico en diálogo con esas otras disciplinas y reconocer que toda angustia, sea cual sea el origen, puede ser redimida.

**Palabras clave**

Kierkegaard, Nietzsche, Freud, Von Balthasar, Frankl, Millán Puelles, Sentido de la vida, Redención

**Abstract**

*Anguish as a signal of human existence can be good or bad, set off by external circumstances or by interior predisposition and there are also many ways to deal*

---

\* Doctor en Teología por la Universidad Pontificia de Comillas. Profesor estable del Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias Sede Tenerife.

*with it. Philosophy and psychology have sufficient knowledge of comprehensions, theories or therapies that try to respond to the phenomenon of anguish from different points of view. This study is an attempt to reconsider the answers that emerged from theological work in dialogue with other disciplines and to recognize that every anguish, whatever its origin, can be redeemed.*

### **Keywords**

*Kierkegaard, Nietzsche, Freud, Von Balthasar, Frankl, Millán Puelles, Meaning of life, Redemption*

**L**a vida la vivimos empujados por el deseo de alcanzar el objeto de nuestros anhelos, sean el madurar, conocer, adquirir bienes o lograr éxito. Nos mueve el deseo. Y con toda razón; porque el bien lo busca la voluntad con la misma pasión que la verdad la busca la inteligencia. Huimos de lo feo, nos repugna naturalmente lo malo y nos molesta la mentira. No responde a lo que somos. Y entendemos que es exitoso lograrlo. La teología también distingue entre el logro de la voluntad de Dios, la salvación, y la frustración ante dicho objetivo. Resulta más atrayente reflexionar sobre el Cielo y el gozo de la Vida eterna, que sobre el Infierno y la Condención eterna. Es coherente con nuestra naturaleza. Entre el éxito y el fracaso, no nos cabe duda que hay un lógico atractivo que no nos hace dudar hacia dónde dirigir el interés. Entre la felicidad y la angustia, evidentemente, pasa lo mismo. De la misma forma universal en la que todos anhelamos ser felices, todos anhelamos no sufrir dolor, agobios, angustias...; no queremos padecer.

Pero la realidad se nos revela siempre paradójica. Una combinación de gozo y dolor se entremezclan en el vivir cotidiano de todos los seres humanos. Somos conscientes de que el gozo tiene un tiempo y el dolor el suyo, y que nadie escapa de su intermitente presencia. La vida es lo que queda tras la suma y resta de esos inevitables factores que le dan esta ambivalente tonalidad a toda vida.

Hay vidas aparentemente fáciles y cómodas. Las conocemos. Hay vidas que han sido sufridas hasta un límite que nos sorprende. Pero todas combinan el claroscuro de la paradoja. Siempre hay agua, más o menos, en la botella. Y también, siempre hay espacios vacíos en ellas. Medio llenas, medio vacías. Éxitos y fracasos, logros y frustraciones, alegrías y tristezas. Posibilidades y límites.

En un juego mental, si pudiéramos en una fila progresiva los momentos existencialmente vividos y los fuéramos calificando por su nivel de gozo o sufrimiento, seguramente pondríamos en sus extremos la angustia y la felicidad. La fe-

licidad plena frente a la angustia total. Y, en este mismo juego de contrarios, reconocemos como objeto de nuestro anhelo la felicidad plena. Sin embargo, por la peculiaridad de lo humano, la angustia esencial, la plenitud de la angustia, que aparece también en trozos de nuestro horizonte existencial de manera inesperada, ¿tiene posibilidad de encerrar algún sentido? Si el anhelo natural se dirige al bien, al gozo, a la felicidad, ¿por qué aparece sin embargo la agonía del alma de vez en cuando en nuestra vida? ¿Qué significa esto? ¿Significa algo?

A este tema quiero dedicar una breve aproximación. Una aproximación que quiere ser homenaje al lógico sinsentido de una muerte repentina que trunca proyectos y rompe expectativas. La muerte de un “tú” cercano nos enfrenta a la posibilidad del morir y al sentido de nuestra libertad. Y, si tomamos consciencia de ella, si nos hacemos cargo seriamente de su realidad, nos facilitará la visita personal al extremo de la angustia. Y, sorprendidos, encontramos en su verdad una semilla de sentido que queremos compartir en estas páginas, por si el recorrido realizado puede serle útil a otro caminante con vocación de realismo.

El año 1959, bajo el título *Der Christ und die Angst*, Hans Urs von Balthasar publicaba una breve obra que resumía, de alguna forma, su antropología teológica: el ser humano es una tensión dramática que requiere una redención<sup>1</sup>. Ya Kierkegaard<sup>2</sup> había realizado una aproximación filosófica al tema de la angustia. En esta ocasión se trataba de enriquecerla desde una perspectiva teológica. Mi intención es sobrevolar esta perspectiva respondiendo a la permanente cuestión de la combinación acertada de la angustia con el sentido de la vida.

<sup>1</sup> Son éstas las palabras con las que resume Francesc Torralba i Roselló en el prefacio de la edición castellana de la obra de Balthasar de la que nos valemos en este trabajo. Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo y la angustia*, en *Colección Spirit*, nº 33, Caparrós Editores, Madrid 1998, 104 pp. (Traducción de JOSÉ MARÍA VALVERDE). Otros intentos de realizar un abordaje al tema, aunque desde un horizonte más amplio al de la angustia, asumiendo el misterio del dolor y el sufrimiento, lo podemos encontrar en TORRES QUEIRUGA, A., *Esperanza a pesar del mal. La resurrección como horizonte*, Sal terrae, Santander 2005; RUIZ DE LA PEÑA, J. L., *La muerte, destino humano y esperanza cristiana*, Fundación Santa María, Madrid 1983.

<sup>2</sup> Cfr. KIERKEGAARD, S., *El concepto de la angustia*, Alianza Editorial, Madrid 2008, 284 pp. Publicada por primera vez en 1844, es quizá el libro más conocido del danés Sören Kierkegaard (1813-1855), y en él se articulan algunos de los conceptos en los que se apoya el existencialismo cristiano. La angustia se relaciona con el pecado y con la libertad. Engendradora por la nada, alimentada por la impaciencia, surgida como “realidad de la libertad en cuanto posibilidad”, la angustia es “el vértigo de la libertad” y al mismo tiempo un medio de salvación que conduce a la fe, a la verdad que años antes de escribir este libro el autor, en su diario íntimo, confesaba buscar como sentido definitivo de su existencia: “Es preciso encontrar una verdad, y la verdad es para mí hallar la idea por la que esté dispuesto a vivir y morir”.

No siempre el gozo y éxito han sido los medios que nos han hecho crecer como personas y como cristianos. Es una experiencia común reconocer el sufrimiento, el dolor y, hasta la angustia, como espacios en los que se han desplegado las mejores posibilidades de las que éramos capaces. ¿Cuál es el equilibrio conveniente entre la búsqueda de la felicidad y la persistente compañía del dolor? ¿Hasta qué punto tiene sentido proclamar la salvación en una sociedad marcada por la búsqueda obsesiva de la felicidad, ofreciendo como emblema la imagen de un crucificado doliente? ¿Qué luces brillan detrás de la angustia?

Quiero ofrecer este recorrido a la memoria del compañero y hermano, profesor del ISTIC-Gran Canaria, Dr. D. Policarpo Perdomo, cuya muerte nos sorprendió por impuntual –como es siempre la muerte–, despertando desde ella, como si de su última lección se tratara, la eterna pregunta por el sentido, incluso de quienes habitamos, convencidos, a la sombra del crucificado. No son pocos los que ante un acontecimiento luctuoso que toca los lazos cercanos elevan preguntas que Dios no responde. Tal vez porque en la angustia –copa amarga– de su Hijo, ya lo dijo todo<sup>3</sup>.

Dividiremos el trabajo en tres momentos o tres miradas: miraremos lo que sobre la angustia está revelado, lo que ha sido pensado sobre ella y, sobre todo, lo que redime al ser humano de su sinsentido.

## 1. LA ANGUSTIA REVELADA

La Iglesia ha recibido una palabra y una misión que tienen que ver con el sufrimiento, el dolor y la muerte. El año 2005, en el tradicional discurso a la Curia, Benedicto XVI recogía esta intuición con unas palabras paradigmáticas: “(...) debemos hacer todo lo posible para aliviar el sufrimiento e impedir la injusticia que causa el sufrimiento de los inocentes. Sin embargo, también debemos hacer todo lo posible para que los hombres puedan descubrir el sentido del sufrimiento, para ser así capaces de aceptar nuestro propio sufrimiento y unirlo al sufrimiento de Cristo. De este modo, ese sufrimiento se funde con el amor redentor y, en consecuencia, se transforma en una fuerza contra el mal en el mundo”<sup>4</sup>. El sentido del dolor y el sufrimiento habita en una persona. El sufrimiento de Dios crucificado no es uno más de los dolores padecidos en la historia de la humanidad. El

<sup>3</sup> Lc 22, 41-42: “Se alejó de ellos como a distancia de un tiro de piedra, y se puso a orar de rodillas, diciendo: ‘Padre, si quieres, líbrame de esta copa amarga; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya’”.

<sup>4</sup> Voz: *Sufrimiento, sentido*, en LASANTA, P. J., *Diccionario doctrinal de Benedicto XVI, Cinco años de Pontificado*, Horizonte, Logroño 2010, pp. 1277-1278.

sufrimiento de Cristo fue por todos nosotros, dando al sufrimiento un nuevo sentido y una nueva dimensión. El sufrimiento entró en el orden del amor. Es una transformación del sufrimiento desde dentro, consumiendo el mal con la fuerza del amor. El mal encierra una promesa de liberación y su existencia, desde las heridas curativas de Jesús crucificado, existe para despertar en nosotros el amor<sup>5</sup>.

Cristo marca, por tanto, un antes y un después en el camino de búsqueda del sentido del sufrimiento, el dolor, la angustia y el miedo<sup>6</sup>. Un antes y un después en relación al dato revelado. El texto bíblico está lleno de expresiones que manifiestan el sentimiento de angustia<sup>7</sup>. La *agònia* es la situación en la que se encuentra los que sufren un sitio o están sitiados sobre el resultado que se obtendrá en el combate<sup>8</sup>. Es la misma expresión con la que se describe la agonía de Jesús en Getsemani<sup>9</sup>. O cuando no se encuentra salida o se está en un atolladero se usa la expresión *aporedò*<sup>10</sup>; expresión de frecuente uso apocalíptico<sup>11</sup>. Otro término usado es *synekhomai* que introduce la idea de obstrucción. La persona se siente cogida, apretada, ahogada, dominada por el temor o por la enfermedad<sup>12</sup>. O la expresión *stenokhòria* que expresa el hecho de estar sumergido en la aflicción<sup>13</sup>.

<sup>5</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, Esfera de los Libros, Madrid 2005, pp. 207-208. El libro no trata directamente de este tema. Se trata de una obra que surgió de una larga conversación entre el Papa y dos profesores de filosofía política polacos y recoge las reflexiones del Pontífice sobre patria y nación, libertad y responsabilidad, el mal identificado con las ideologías totalitarias, la relación entre Iglesia y Estado, la construcción de Europa, etc. Pero en ella establece esta aproximación al sentido del mal: "(...) el mal existe en el mundo también para despertar en nosotros el amor (...)".

<sup>6</sup> Unimos angustia y miedo al sufrimiento humano porque el mismo traductor de la obra de Balthasar lo hace al señalar que *Angts* es un término que significa a la vez, en alemán, tanto *angustia* como *miedo*. Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, p. 27. La angustia es un sufrimiento especialmente intenso. Es un estado de intranquilidad o inquietud muy intensas causado especialmente por algo desagradable o por la amenaza de una desgracia o un peligro. Es la aflicción o congoja que producen ciertos sufrimientos. Desde la perspectiva psicológica se define como el agobio o la sensación de opresión en la región torácica o abdominal que produce respiración fatigosa y que generalmente no tiene una causa precisa. De ahí el diagnóstico de *crisis de angustia*.

<sup>7</sup> Cfr. Voz: *Angustia*, en LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología bíblica*, Herder, Barcelona 1985, pp. 85-87. Las referencias se hacen en relación al texto griego.

<sup>8</sup> Cfr. 2 Mac 3, 14ss.

<sup>9</sup> Lc 22, 44: "Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra".

<sup>10</sup> Cfr. Os 13, 8; Sab 11, 5.

<sup>11</sup> Lc 21, 25: "Entonces habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra apretura de las naciones por la confusión del sonido del mar y de las ondas"

<sup>12</sup> Mt 4, 24: "Y corría su fama por toda Siria; y le traían todos los que tenían mal; los tomados de diversas enfermedades y tormentos, y los endemoniados, y lunáticos, y paralíticos, y los sanaba".

<sup>13</sup> Cfr. Dt 28, 53.

Pero ¿de qué angustia habla la Escritura? Esta pregunta es fundamental, pues en ocasiones aplicamos los datos de la revelación divina a todo sufrimiento y a cualquier angustia. Ni los autores ni la experiencia de los protagonistas de la historia de la salvación narrada en la Biblia poseían conocimientos científicos de la angustia como enfermedad. Hay factores sociales que pueden generar sufrimientos y angustias. Hay también factores personales y morales. Pero no podemos olvidar que hay sufrimientos y angustias endógenas que nacen de patologías alejadas de la voluntad del sujeto hasta tal punto que no pueden ser superadas por ninguna certeza sobrenatural. Cierto es que la gracia lo puede todo, pero ésta no anula la naturaleza que posee una clave de vulnerabilidad de la que no nos podemos desprender en nuestra consideración de la angustia. Hay una experiencia de angustia inherente a la naturaleza humana. Y, aunque no haya sido conocida por los autores del texto sagrado, sí ha sido asumida y redimida por Cristo en su Encarnación. Entremos, pues, en la Escritura.

### 1.1. En la expectativa mesiánica

La Alianza y la promesa son, sin duda, la fuente de la seguridad y la esperanza del pueblo de Israel. Sin embargo, a pesar de ello, la debilidad en el cumplimiento de la ley no asegura definitivamente la promesa. La angustia y el miedo se hacen frecuentemente presentes. Los patriarcas sufrieron y pasaron por serios apuros y serias angustias. Jacob, al llegar al vado de Yabbok va a afrontar, frente a su hermano, una situación que le angustió<sup>14</sup>: “Entonces Jacob tuvo gran temor,

<sup>14</sup> Cfr. Gen 32, 1-23: “1 Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, porque le temo; que por ventura no venga, y me hiera, la madre con los hijos. 12 Y tú has dicho: Yo te haré bien, y pondré tu simiente como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud. 13 Y durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un presente para su hermano Esaú. 14 Doscientas cabras y veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros, 15 treinta camellas paridas, con sus hijos, cuarenta vacas y diez novillos, veinte asnas y diez borricos. 16 Y lo entregó en mano de sus siervos, cada manada de por sí; y dijo a sus siervos: Pasad delante de mí, y poned espacio entre manada y manada. 17 Y mandó al primero, diciendo: Si Esaú mi hermano te encontrare, y te preguntare, diciendo: ¿De quién eres? ¿Y adónde vas? ¿Y para quién es esto que llevas delante de ti? 18 Entonces dirás: Presente es de tu siervo Jacob, que envía a mi señor Esaú; y he aquí también él viene tras nosotros. 19 Y mandó también al segundo, y al tercero, y a todos los que iban tras aquellas manadas, diciendo: Conforme a esto hablaréis a Esaú, cuando le hallareis. 20 Y diréis también: He aquí tu siervo Jacob viene tras nosotros. Porque dijo: Reconciliaré su ira con el presente que va delante de mí, y después veré su rostro; por ventura le seré acepto. 21 Y pasó el presente delante de él; y él durmió aquella noche en el campamento. 22 Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. 23 Los tomó, pues, y les hizo pasar el arroyo, y pasó lo que tenía”.

y se angustió; y partió el pueblo que tenía consigo, y las ovejas y las vacas y los camellos, en dos cuadrillas” (Gen 23, 7). Lo mismo expresa el profeta Elías bajo el arbusto de ricino: “Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Baste ya, oh Señor, quita mi vida; que no soy yo mejor que mis padres” (1 Re 19, 4). Se deseó la muerte, como quien no ve otra escapatoria que desaparecer de la realidad. La angustia que despierta esa incapacidad de enfrentarse con la realidad, de la dificultad que se aproxima.

En el libro del profeta Jeremías aparece la angustia de dos formas: una ante el pueblo y otra ante la propia situación del profeta. Ante la dura situación que sufre el pueblo, como una forma radical de compasión. “Mi tristeza no tiene remedio, mi corazón desfallece en mí. La voz del clamor de la hija de mi pueblo desde una tierra lejana es esta: ¿No está el Señor en Sion? ¿No está su rey en ella?” (Jer 8, 18-19). Ante su situación personal es similar al deseo manifestado por Elías: “¡Ay de mí, madre mía, porque me diste a luz, como hombre de contienda y hombre de discordia para toda la tierra! No he prestado ni me han prestado, sin embargo todos me maldicen” (Jer 15, 10).

Si tuviéramos que citar solo una experiencia de angustia radical en el Antiguo Testamento, evidentemente nos quedaríamos con la del Libro de Job. Es el paradigma de la desgracia y la aflicción, de la enfermedad y el dolor, del rechazo y el silencio de Dios<sup>15</sup>. “Hastiado estoy de mi vida: Daré rienda suelta a mi queja. Hablaré en la amargura de mi alma” (Job 10, 1).

Por lo que vamos viendo, con Balthasar reconocemos que la Biblia no esconde el tema de la angustia. La describe de la misma manera que describe toda experiencia humana<sup>16</sup>. La Sagrada Escritura asume el tema del sufrimiento, el dolor y la angustia como una de las condiciones básicas del existir humano. No la esconde ni la busca. La asume como real. Lo mismo que los patriarcas y los profetas, la angustia necesita a Dios para encontrar su sentido. Para el teólogo danés, la angustia “(...) es (...) una condición básica, universal y neutral del existir humano en general”<sup>17</sup>. La manifestación más evidente de esta situación está descrita en el libro del Eclesiastés. La crudeza del realismo con el que describe la situación del ser humano tiene la virtualidad de aparentar pesimismo. El texto es largo, pero en nuestro marco de análisis conviene:

<sup>15</sup> Cfr. Job 3, 24-25; 10, 1; 31, 23. Expresión como *sobrecogido de temor*, o la descripción de la angustia como *amargura del alma*, son característicos en el libro de Job.

<sup>16</sup> Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, p. 33.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 32.

“Palabras del Predicador, hijo de David, rey en Jerusalén. Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? Generación va, y generación viene; mas la tierra siempre permanece. Y sale el sol, y se pone el sol, y con deseo retorna a su lugar donde vuelve a nacer. El viento va al mediodía, y rodea al norte; va rodeando de continuo, y por sus rodeos vuelve el viento de nuevo hasta completar su ciclo. Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo. Todas las cosas andan en trabajo más de lo que el hombre pueda decir; los ojos nunca se sacian de ver, ni los oídos de oír. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se pueda decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de los primeros, ni tampoco de los posteriores habrá memoria en los que serán después. Yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén. Y di mi corazón a inquirir y buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo (este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, en que se ocupen). Yo miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu. Lo torcido no se puede enderezar; y lo falto no puede contarse. Hablé yo con mi corazón, diciendo: He aquí yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia. Y di mi corazón a conocer la sabiduría, y la ciencia; y las locuras y los desvaríos conocí al fin que aun esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha tristeza; y quien añade ciencia, añade dolor”.

Esta descripción de la condición humana que hace Eclesiastés sitúa la angustia adherida a la condición humana, a su vanidad, que alcanza tanto a los buenos como a los malos. Es una angustia, en la consideración de Balthasar, de carácter neutro. La neutralidad desaparece cuando el ser humano se vuelve hacia Dios. Esta actitud en relación a Dios distingue la angustia de los malos de la angustia de los buenos. Acaba la neutralidad cuando el ser humano se vuelve hacia Dios.

¿Cómo es la angustia de los malos? El libro de la Sabiduría la describe así: “Grandes son en verdad tus juicios e inenarrables, por donde almas ignorantes se vinieron a engañar. Imaginaban los impíos que podrían oprimir a una nación santa; y se encontraron prisioneros de tinieblas, en larga noche trabados, reclusos en sus casas, desterrados de la Providencia eterna. Creían que se mantendrían ocultos con sus secretos pecados bajo el oscuro velo del olvido; y se vieron dispersos, presa de terrible espanto, sobresaltados por apariciones. Pues ni el escondrijo que les protegía les libraba del miedo; que también allí resonaban rui-

dos escalofriantes y se aparecían espectros sombríos de lúgubre aspecto. (...)”<sup>18</sup>  
Es la descripción de la angustia total. La angustia sin sentido ni futuro<sup>19</sup>.

Frente a esta angustia de los malos, en el Antiguo Testamento aparece el alivio que los buenos experimentan. Sienten la angustia inherente a la condición humana, pero hay una esperanza de sentido prometida. El profeta Isaías lo proclama: “No tengas miedo, pues yo te salvaré”<sup>20</sup>. Y el mismo Eclesiástico lo indica de manera elocuente: “Un corazón que piense totalmente está siempre en angustia, pero quien permanece fiel a los mandatos de Dios, no teme en ningún momento”<sup>21</sup>. O en la alegría cantada del Salmo 46: “Ni siquiera tememos aunque la tierra cambie, y las montañas se hundan en el seno del Océano, mientras muges y hiervan sus aguas y tiemblen los montes con su levantamiento”<sup>22</sup>, o el Salmo 27 desde la firme confianza: “El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? Cuando avanzan contra mí los malos para devorar mi carne, son ellos, los enemigos, los adversarios, quienes tropiezan y caen”<sup>23</sup>. La angustia de los buenos es sólo un miedo al *Mysterium tremendum* de un Dios celoso<sup>24</sup>. Ese es el objeto del miedo de los buenos: que el comportamiento sea infiel y caiga sobre él el castigo de Dios<sup>25</sup>. Es una experiencia de salvación amenazada que atraviesa toda la Ley y los Profetas<sup>26</sup>. Por eso el Antiguo Testamento es la historia de una angustia en lucha por dejar de ser angustia revistiéndose de un miedo que la aproxima como posibilidad permanente. La lucha porque la angustia abandone la angustia. Pero a la postre el mandato de no temer no desaparece del todo. En síntesis: la prohibición de caer en la angustia tiende a equilibrarse con la esperanza de la salvación que viene de Dios, que exige permanentemente cuidarse de la ligereza de recaer en el pecado o no descubrir el rostro de Dios en la prueba.

## 1.2. La angustia redimida

La angustia es, por tanto, una experiencia inherente a la condición humana. Puede sentirse en todo corazón humano. Cristo es Dios hecho humano. La encar-

<sup>18</sup> Cfr. Sab 17, 1-4.

<sup>19</sup> Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, pp. 37-41.

<sup>20</sup> Is 43, 1.

<sup>21</sup> Ecl 22, 23.

<sup>22</sup> Sal 43-3-4.

<sup>23</sup> Sal 27, 1-2.

<sup>24</sup> Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, p. 43.

<sup>25</sup> Cfr. Dt 4, 24.30; Is 6, 5; 8, 13; Gn 15, 12.17-18

<sup>26</sup> Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, p. 45.

nación ha dado una perspectiva nueva a la experiencia humana de la angustia. Jesús asumió no sólo el estremecimiento ante la muerte, sino la tremenda conciencia de la ambigüedad, de la vaciedad, de la limitación de lo humano, de la incertidumbre.

La experiencia de Jesús en Getsemaní, que nos narran los evangelios, donde es invadido por la tristeza, el miedo y la aflicción recapitula todo el Antiguo Testamento en las horas previas a su Pasión redentora. “¿Por qué, alma mía, desfalleces y te agitas por mí? Espera en Dios: aún le alabaré, ¡salvación de mi rostro y mi Dios! En mí, mi alma desfallece. Por eso te recuerdo desde la tierra del Jordán y los Hermones, a ti, montaña humilde”<sup>27</sup>. La voz de la revelación ha sido redimida por Jesús en horas de extrema angustia: “Van a una propiedad, cuyo nombre es Getsemaní, y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí, mientras yo hago oración». Toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, y comenzó a sentir pavor y angustia. Y les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad». Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: «¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú.»”<sup>28</sup>. Se trata de un texto clave para nuestra intención de comprensión y lugar de la angustia en la existencia humana y la búsqueda de su razón y de su sentido.

La relectura que se hace la Carta a los Hebreos explicita aún más la radicalidad de la angustia: “El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec”.<sup>29</sup> Como es fácil comprender en esta relectura ministerial y sacerdotal de la obra redentora de Cristo, desde entonces la angustia no es suprimida, sino situada; porque desde entonces la esperanza es certeza y la muerte es fecunda<sup>30</sup>. Así lo describe en el saludo el autor del Apocalipsis: “(...) y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén”<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> Sal 42, 6-7.

<sup>28</sup> Mc 14, 32-36.

<sup>29</sup> Hb 5, 7-8.

<sup>30</sup> Cfr. Voz: *Angustia*, en LÉON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología bíblica*, Herder, Barcelona 1985, p. 87.

<sup>31</sup> Ap 1, 5.

La angustia ha sido redimida junto a la victoria de Jesús sobre la muerte. Esta victoria realizada en Cristo, a quien el Espíritu resucitó de entre los muertos, es también nuestra victoria. ¿Desaparece, pues, la angustia en el cristiano tras la confesión de fe y la incorporación a Cristo por el bautismo? ¿Podemos decir que la angustia ya no es patrimonio humano del hombre cristiano? No es así. La angustia sigue estando presente y siendo experimentable. Pero encierra ya dentro de ella misma una semilla de vida y de esperanza. San Pablo ha sido el maestro de la descripción de esta victoria interior a la angustia: “Pues no queremos que lo ignoréis, hermanos: la tribulación sufrida en Asia nos abrumó hasta el extremo, por encima de nuestras fuerzas, hasta tal punto que perdimos la esperanza de conservar la vida. Pues hemos tenido sobre nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no pongamos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos. Él nos libró de tan mortal peligro, y nos libraré; en él esperamos que nos seguirá librando, si colaboráis también vosotros con la oración en favor nuestro, para que la gracia obtenida por intervención de muchos sea por muchos agradecida en nuestro nombre”<sup>32</sup>.

La angustia es vencida desde el amor de Cristo: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó”<sup>33</sup>. No se engaña Pablo diciendo que gracias a Cristo ya no hay angustia ni tribulación; no es así. La angustia está, pero es vencida desde dentro, desde la certeza del amor de Cristo. Se sale vencedor, sin duda; pero la guerra es una realidad. Llega incluso a descubrir que detrás de la angustia y de la muerte hay un valor redentor<sup>34</sup>.

Hay una expresión de Pablo que no nos resistimos a comentar<sup>35</sup>. Pero él afirma la existencia de una angustia sentida y deseada en favor de los demás: “Digo la verdad en Cristo, no miento, –mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo–, siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón. Pues de-

<sup>32</sup> 2 Cor 1, 8-11.

<sup>33</sup> Rom 8, 35-39. La misma idea la recogerá en 1 Cor 15, 54 ss: “Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!”

<sup>34</sup> Cfr. 2 Cor 4, 12.

<sup>35</sup> Cfr. Rm 9, 3.

searía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne,—los israelitas—, de los cuales es la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén”. Es la angustia sentida ante el bien de los demás, a quienes no alcanza la gracia y el amor de Cristo. Pudiera decirse que se trata de una angustia sana, de la manifestación de la caridad pastoral o del celo apostólico, pero es angustia a fin de cuenta. Se sufre y se entristece el corazón prisionero de un amor que quiere ser universal.

En definitiva, debemos decir que la revelación redime la angustia con la encarnación del Redentor. Pero sigue estando presente entre las paginas neotestamentarias tanto la angustia de los malos como la angustia de los buenos<sup>36</sup>. La muerte ha sido vencida y, de una forma u otra, es el misterio de la muerte y del morir lo que genera la experiencia radical de la angustia. “Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud”<sup>37</sup>. El acto de fe en Jesús y su redención nos hace participar de su vida y de su muerte. Nos sentimos asumidos en su Encarnación hasta reconocer que también nos asumirá en su Resurrección. El permanente sabor de la angustia lleva en su núcleo, inoculado por obra de Jesús, la semilla de su propio sentido.

## 2. LA ANGUSTIA PENSADA

La historia de la humanidad pudiera contemplarse desde la perspectiva de la lucha contra el sufrimiento y por entender el misterio de la muerte. Su existencia ha mantenido encendido en todas las generaciones el gran interrogante. La causa del sufrimiento, la existencia del mal y su sentido, la angustia... Ahí han estado como paradigmas del pensamiento y de las experiencias culturales de todos los pueblos. Los interrogantes han sido los detonantes de la historia del pensamiento. Esos interrogantes tremendamente irresolubles también. La angustia ha sido pensada, pero antes ha sido —y lo ha sido por todos— sentida como realidad.

¿Qué es la angustia? Es la experiencia —valga el ejemplo— del coyote de esa serie de dibujos animados. En unos de los chistes recurrentes de la serie, el coyote,

<sup>36</sup> Cfr. HANS URS VON BALTHASAR, *El cristianismo...*, pp. 49-56.

<sup>37</sup> Hb 2, 15.

habiendo perseguido al correccaminos más allá del borde de un cañón, queda un momento suspendido en el aire, antes de desplomarse en el abismo al enterarse de la imposibilidad (meta)física en que se ha puesto. La situación del coyote animado, aunque ridícula, ilustra muy bien la naturaleza de la angustia. De hecho la angustia es característica de un momento que se da sólo a caballo entre dos experiencias: la de comprender que se está suspendido en el aire y la de caerse en el abismo en fuerza de esta misma comprensión. El instante en que ya sabes que no hay nada en que te puedas apoyar, pero todavía no has caído, inspira un temor *sui generis*. *Sui generis* porque su primer motor es la repentina retirada de una (supuesta) certeza, y no las consecuencias malas que esta retirada podría conllevar. La angustia es el choque de sorpresa temerosa que nos sacude al desvanecerse inesperadamente una (supuesta) solidez en que habíamos pensado poder confiarnos<sup>38</sup>.

## 2.1. Sentida antes que pensada

La psicología, como saber de nuestro mundo interior, nos puede ayudar a entender aquello que sentimos cuando lo definimos como angustia<sup>39</sup>. Podemos distinguir tres tipos de crisis de angustia<sup>40</sup>. La primera forma es calificada como *inesperada*. Se da en situaciones inesperadas, incluso en las que se espera todo lo contrario. Suele ser consecuencia de percepciones corporales internas. Hay una segunda forma que es desencadenada por factores exteriores o estímulos externos. Puede ser un factor real o una expectativa de la proximidad de un factor que puede hacerse presente y, se anticipa el pánico que produce, con una anticipada crisis de angustia. En tercer lugar se puede dar una crisis como consecuencia de predisposiciones generales que pueden desencadenarla o no. De cualquiera de estas tres formas, la crisis de angustia es una reacción inesperada e intensa que incapacita a la persona para unas reacciones normales con su entorno.

El DSM-IV describe la crisis de angustia con las siguientes notas características: palpitaciones, sacudidas del corazón o elevación de la frecuencia cardiaca; sudoración, temblores o sacudidas; sensación de ahogo o de falta de aliento, o de atragantarse; opresión o malestar torácico, náuseas o molestias abdomina-

<sup>38</sup> Cfr. WALKER, ADRIAN, *La filosofía y la muerte*, en *Mesa Redonda del V EFCSM*, © 2010. Fundación MAIOR. [www.maior.es](http://www.maior.es) [On line 10/06/2016].

<sup>39</sup> Usamos para aproximarnos a la experiencia de la angustia y sus tipos a BUELA-CASAL, G. – SIERRA, J. C., *Manual de evaluación y tratamientos psicológicos*, Biblioteca Nueva, Madrid 2009, 654 pp.

<sup>40</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 98-79.

les; inestabilidad, mareo o desmayo; sensación de irrealidad o despersonalización; miedo a perder el control y volverse loco; miedo a morir, escalofríos o, a la inversa, sofocaciones<sup>41</sup>.

Todas estas sensaciones las hemos descubierto descritas en los textos bíblicos analizados en el apartado anterior. Esa tristeza radical y ese miedo que se manifiesta con estas formas corporales, se califica como angustia. Antes que preguntarnos por su naturaleza, por su origen y sentido, todos hemos experimentado la angustia. Nos desagradaba la experiencia y la evitamos buscando soluciones, no siempre adecuadas, que le impidan hacerse presente en nuestra existencia.

Sin embargo, a pesar de su desagradable experiencia y de su inherente presencia en la naturaleza humana, la historia de la Filosofía ha comenzado un poco tarde a pensar en ella. Fue Kierkegaard, como hemos indicado al inicio, quien por vez primera dedica un espacio a esta realidad<sup>42</sup>.

## 2.2. Tardíamente pensada

Kierkegaard parte, en su reflexión sobre el concepto de la angustia, del abismo que se abre entre lo infinito y lo finito. El ser humano se encuentra, a su juicio, suspendido en la nada de su angustiarse. Precisamente es esta experiencia la que ayuda al hombre a asumir el reto de existir con realismo<sup>43</sup>. Angustia es distinta del miedo y otros estados de ánimo que se vinculan a algo determinado. La angustia se abre a cierta indeterminación. Por eso no se da la angustia sino en el ser humano. Para Kierkegaard la angustia debe salir del marco de la psicología y entrar en el ámbito de la existencia libre del ser humano. La angustia es descrita por él como un medio de salvación: de salvarse del hundimiento en la nada. Es la angustia la que abre al ser humano a la posibilidad de la fe convirtiéndose en un medio de educación extraordinario. Me parece importante recoger la crítica que hace Henri de Lubac a la interpretación del cristianismo que hace Kierkegaard. Para él, ni Nietzsche ni Kierkegaard ignoran el cristianismo, ni siquiera lo desean rebatir. Pero para ambos “(...) *la fe es un asilo para cabezas dé-*

<sup>41</sup> La dimensión psicológica y la reflexión en torno al sufrimiento ante la realidad de la limitación radical que nos muestra el fenómeno de la muerte, especialmente ante la depresión y el suicidio, podemos encontrar un extraordinario trabajo de equipo en la obra CABRIA ORTEGA, J. L., *Fichas sobre la muerte y el morir*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 330 pp.

<sup>42</sup> Cfr. KIERKEGAARD, S., *El concepto de la angustia*, Alianza Editorial, Madrid 2008, 284 pp.

<sup>43</sup> Cfr. Voz: *Angustia*, en FERRATER MORA, J., *Diccionario de Filosofía*, Círculo de Lectores, Valencia 2009, pp. 159-161.

biles". El cristianismo en el que dicen creer es un cristianismo que intentan explicar; y ese es precisamente su límite<sup>44</sup>.

Heidegger, en este sentido, la denomina *angustia reveladora*, pues nos muestra el rostro de la nada y nos ayuda a someternos a ella. La angustia es la condición misma de una existencia finita y que el ser humano encuentra cuando no está distraído y entra en su verdad más profunda. Este argumento, que puede encontrar la esperanza en ese itinerario, Sartre lo radicaliza llevándolo a la fuente del sin sentido último: "La libertad que se manifiesta mediante la angustia se caracteriza por una obligación perpetuamente renovada de rehacer el Yo que designa el ser libre"<sup>45</sup>. El existencialismo es la perspectiva filosófica a la que le interesa de una forma nuclear el tema. La existencia concreta, consciente de su vulnerable limitación, en tantas ocasiones trágicamente libre<sup>46</sup>.

A caballo entre la filosofía y la psicología, Freud establece una reflexión sobre los *estados de angustia*. Para él la angustia devenida de estados fisiológicos era considerada como angustia *objetiva*, diferente de la angustia *neurótica* que deviene de causas psicológicas o mentales. Y en tercer lugar analiza la angustia devenido de la represión sexual que denomina genéricamente *histérica*, aunque no en todas las obras aparece la misma clasificación<sup>47</sup>.

Aunque es poco conocido, personalmente considero que la aportación filosófica que hace Millán Puelles debe ser tenida en cuenta<sup>48</sup>. Para él, la existencia de la angustia es condición de posibilidad reflexiva de la dimensión ontológica de la misma subjetividad humana. Podemos tomar conciencia de una alternativa asumida como hipótesis: ser en plenitud y la absoluta nada. Esta posible alteridad subjetiva abre la posibilidad de trascender la finitud humana. Es, por tanto, la posibilidad de tomar conciencia de ser limitado y el hacerse cargo de ello la posibilidad de trascender la misma limitación. Dicho de otra manera: la finitud natural en condición de posibilidad de la autotrascendencia. No es la limitación

<sup>44</sup> Cfr. DE LUBAC, H., *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 20082, p. 99.

<sup>45</sup> SARTRE, *L'Être et le Néant*, 1943, p. 72, en *Voz: Angustia*, en FERRATER MORAL, J., *Diccionario de Filosofía*, Círculo de Lectores, Valencia 2009, p. 160.

<sup>46</sup> Cfr. UNAMUNO, M., *Del sentido trágico de la vida*, Espasa, Madrid 1976. Del mismo autor, *La agonia del cristianismo*, Espasa 1975.

<sup>47</sup> Cfr. *Voz: Angustia*, en *o. c.*, p. 161. Considero que lo mejor de esta aportación filosófica son las referencias bibliográficas que presente al final de la voz, clasificándolas temáticamente: angustia y pensamiento mágico, angustia y religión, angustia metafísica, angustia del hombre moderno, angustia y sentido histórico-psicológico, etc. Evidentemente falta la reflexión teológica del tema que, como hemos indicado viene a ser la aportación de Hans Urs von Balthasar.

<sup>48</sup> Cfr. MILLÁN PUELLES, *La estructura de la subjetividad*, Rialp, Madrid 1967, 421 pp.

natural lo que constituye la trascendencia, sino la toma de conciencia, la reflexión<sup>49</sup>. Esta es la idea básica de Millán Puelles. Sin embargo, de sus escritos podemos extraer cuatro ideas progresivas que llevan a la subjetividad humana a tomar conciencia de la trascendencia de su propia identidad.

La primera es elocuente en sí misma: “*Me autotrasciendo al advertir mi propia finitud. No dejo de ser finito, pero tampoco me limito a serlo, porque a la vez soy consciente de mi limitación*”<sup>50</sup>. La causa de la angustia se viste de posibilidad. No es una mera limitación de la que se toma conciencia y ya; es una posibilidad de ir más allá de la misma limitación apprehendida.

Y es ahí donde aparece la segunda idea: “(...) Ahí, en esa oposición, que al mismo tiempo es síntesis, entre la angostura de mi ser y la absoluta infinitud del ser, está la clave de la posibilidad de la angustia como hecho esencialmente metafísico”<sup>51</sup>. Pero ¿cuál es la angustia que revela esta trascendencia? ¿Cualquier angustia? No; se trata de la angustia esencial, la angustia de ser. Esa angustia esencial es revelada por la finitud natural y se revela como una *angustia elocuente*. Está vinculada a dos aspectos esenciales de la subjetividad humana: la certeza de morir y la posibilidad de la libertad. Muerte y libertad son los espacios de sentido.

La tercera idea nos lo presenta: “En la angustia esencial el ser de la subjetividad realiza la experiencia del no-ser, no sólo porque se percibe limitado, sino porque se siente irreductible a la entidad finita en la que consiste de un modo natural”<sup>52</sup>. Esa irreductibilidad es una rebelión ante el no-ser del que se es consciente. Y de ahí surge la conclusión, o la última idea: “No me angustio tan sólo porque no soy el ser sin restricciones, sino también porque de alguna manera quiero serlo”<sup>53</sup>. La toma de conciencia de no ser infinito nos abre el anhelo a querer serlo, y nos trasciende. La angustia alcanza una elocuencia de la que no es capaz otra experiencia existencial humana.

No cabe duda que la reflexión sobre la angustia está siempre vinculada a la teodicea. La teología natural se despierta ante el interrogante antropológico que aparece escrito en la mente humana con el punzón de la angustia. La posibilidad de lo infinito abre la posibilidad a Dios. Es, cuando menos una hipótesis de sentido. Se acepte como posibilidad o no se acepte, ambos extremos realiza-

<sup>49</sup> Así expresa la idea básica: “(...) La trascendencia implica la finitud, pero la finitud no implica la trascendencia, ni siquiera en su ser aptitudinalmente trascendente”. *Ibidem*, p. 225.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 226.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 235.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 241.

rán siempre un esfuerzo por creer. Porque la angustia no se deja captar por la ciencia, se escurre de la filosofía y, por necesidad metodológica, hace intentos reflexivos en el patio de la teología<sup>54</sup>. Sin embargo, no se puede equiparar, sin más, con que haber descubierto ese camino haya producido un estado de felicidad material, una desaparición de la angustia. Enfrentarse a la realidad genera un camino de salud, pero no elimina la enfermedad. Esto, especialmente se puede comprobar en los estudios sociológicos relacionados con la felicidad –especialmente entre los jóvenes– en los que se concluye que la cercanía o no a la experiencia religiosa no establece empíricamente, al menos en España, una sensación de felicidad distinta<sup>55</sup>.

### 3. SENTIDO DE LA VIDA Y ANGUSTIA

Quisiéramos iniciar este apartado estableciendo como paradigma de sentido del vivir humano y cristiano dos de los himnos de la Liturgia de las horas. Hemos de tener en cuenta que la intención de los himnos de la oración de las horas es introducir la oración con un canto, con una expresión poética que ilumine tanto la hora que se reza como el sentido de la oración. Los himnos son parte de la Liturgia y, como tal, de alguna manera entran dentro del contexto de la *lex orandi* de la comunidad eclesial y deben ser tenidos en cuenta en este mismo sentido. Nos referimos, en concreto, a los siguientes:

*El trabajo, Señor, de cada día / nos sea por tu amor santificado, / convierte su dolor en alegría / de amor, que para dar tú nos has dado.*

*Paciente y larga es nuestra tarea / en la noche oscura del amor que espera; / dulce huésped del alma, al que flaquea / dale tu luz, tu fuerza que aligera.*

*En el alto gozoso del camino, / demos gracias a Dios, que nos concede / la esperanza sin fin del don divino; / todo lo puede en él quien nada puede. Amén*<sup>56</sup>.

<sup>54</sup> El profesor BUENO DE LA FUENTE, E., *100 fichas sobre Dios*, Monte Carmelo, Burgos 2007, pp. 29-51, nos ofrece un recorrido por la historia de la filosofía que niega la posibilidad de Dios. Lo hace bajo la elocuente pregunta de “¿qué se ama cuando se niega a Dios?”. Porque, en el fondo, el camino de salida de la angustia se barrunta siempre conjugando el verbo amar.

<sup>55</sup> Cfr. ELZO, J., *Los jóvenes y la felicidad*, PPC, Madrid 2006, p. 209.

<sup>56</sup> Correspondiente a la hora intermedia del martes de la III Semana del Salterio.

Este himno nos ofrece la visión cristiana ante la dificultad y la angustia. La vida es dificultad y trabajo cotidiano que busca la gracia de ser santificada. ¿Qué opera la gracia en el trabajo cotidiano? Convertir su dolor en alegría. No elimina el dolor, pero sí que lo transforma. Y la transformación es operada por la alegría del amor. Es el amor, naturaleza divina, motivo extremo de la obra redentora, quien transforma el dolor cotidiano del trabajo. La vida incluye inevitablemente la noche oscura. Una noche oscura, una angustia vital, que lleva una semilla de esperanza en su corazón: el amor que espera. No se trata del amor que ya posee, sino del que aún anhela, espera. La luz y la fuerza del que flaquea vienen de ese amor esperado, de ese amor anhelado. La realidad descubierta detrás de la angustia que nos ofrece el realismo de la finitud humana, certeza de que el ser humano nada puede, queda rota por el don divino que lo puede todo. Quien nada puede, desde el amor que espera, descubre que lo puede todo. Detrás resuena la certeza paulina de "(...) si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe"<sup>57</sup>.

La angustia, como hemos ido viendo a lo largo de nuestra reflexión, empuja al ser humano al realismo de la existencia y a la búsqueda de la verdad, en ese intento infinito de encontrar sentido. Allí, en el centro de la aparente tragedia se encuentra el camino dramático del amor. Un amor infinito anhelado que entra por sorpresa en la vida. Un amor revelado. Un amor que da sentido al drama del existir finitamente infinito. Es el amor el que sana la angustia. La cura sin eliminarla del todo, porque es parte de la realidad humana. Un amor que no es opio que narcotice el drama. Se trata de una presencia de lo ilimitado en la limitación de su finitud. Por eso es su sentido. Porque somos cuanto amamos. Amo, luego existo<sup>58</sup>.

---

<sup>57</sup> 1 Cor 13, 1.

<sup>58</sup> Iluminador, al respecto, la obra CRUZ, M., *Amo, luego existo: Los filósofos y el amor*, Espasa, Madrid 2010, 256 pp. El amor es mucho más que un tema filosófico de idéntico rango que los más importantes: es, en el fondo, por decirlo de manera un tanto abrupta, aquello que hace posible la filosofía misma. El filósofo Manuel Cruz se adentra en la vida y las ideas de algunos de los pensadores más importantes de la cultura occidental. ¿Cómo amaban los grandes pensadores? Los estoicos con paciencia, los vitalistas con entusiasmo, los nihilistas con pesimismo. El amor, para un filósofo, es algo tan apasionante o doloroso como para el resto de mortales. El erotismo de Platón, la lujuria de San Agustín, la frustración de Spinoza o la pasión de Abelardo y Eloísa han contribuido a dar forma a nuestro concepto del amor. Amor y filosofía, asimismo, de la mano de ese extraño compromiso que mantuvieron Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, a partir de la relación que unió a Nietzsche y Lou Andreas-Salomé, a la luz de la extraordinaria importancia que tuvo en la reflexión filosófica de Hannah Arendt o de Michel Foucault. *Amo, luego existo* nos acerca a la forma de vivir el amor de aquellos que se dedicaron intensamente a pensar en cómo amar y ser amados.

Lo que hemos dicho del himno anterior lo podemos decir del siguiente:

*Solo desde el amor / la libertad germina, / sólo desde la fe / van creciéndole alas.*

*Desde el cimiento mismo / del corazón despierto, / desde la fuente clara / de las verdades últimas.*

*Ver al hombre y al mundo / con la mirada limpia / y el corazón cercano, / desde el solar del alma.*

*Tarea y aventura: / entregarme del todo, / ofrecer lo que llevo, / gozo y misericordia.*

*Aceite derramado / para que el carro ruede / sin quejas egoístas, / chirriando desajustes.*

*Soñar, amar, servir, / y esperar que me llames, / tú, Señor, que me miras, / tú que sabes mi nombre<sup>59</sup>.*

La angustia de ser libres. Libertad a la que le crecen alas desde el amor que se convierte en aceite para que ruede el carro de la existencia que sueña, ama y quiere servir.

### 3.1. ¿Qué nos angustia?

El Catecismo de la Iglesia Católica usa en cinco ocasiones el término *angustia*. La primera vez lo hace en el número 1009 en relación a la experiencia de Jesús en el huerto de Getsemaní. Fue la muerte que se avecinaba y la conciencia de su inminencia, lo que ocasionó en Jesús la experiencia de la angustia: “La muerte fue transformada por Cristo. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (Cf. Mc 14, 33-34; Hb 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (Cf. Rm 5, 19-21)”<sup>60</sup>. Por tanto, también a nosotros, la

<sup>59</sup> Correspondiente a la hora intermedia del miércoles de la III Semana del Salterio. Quisiera indicar que la lectura del texto litúrgico que hacemos es posible realizarla más allá de los dos ejemplos puestos. La mayoría de los salmos e himnos de la liturgia de las horas, las oraciones colectas y los prefacios, nos ofrecen una lectura realista de la vida, del sufrimiento y de la angustia descubriendo en Dios la fuente del consuelo y de la paz, la fuente de su sentido.

<sup>60</sup> CEC, n. 1009.

muerte reconocida como posibilidad real por la que hemos de pasar, nos produce la experiencia de la angustia. Tal vez sea la experiencia límite ante la posibilidad de la muerte la que la genere.

Es la experiencia de limitación radical, por tanto, el caldo de su cultivo. La enfermedad, la dependencia radical, el sentido de inutilidad, etc., lo que nos aboca a experimentarla. En el número 1501, el Catecismo dice: “La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él”<sup>61</sup>. El interés de este apartado doctrinal está, no sólo en la descripción de las causas de la angustia, sino en la afirmación de su doble camino de sentido. No sólo la muerte, sino también la enfermedad le muestran el camino a la angustia como experiencia humana.

Los trastornos psíquicos son también causa de angustia. En el número 2282, tratando el tema del suicidio se afirma: “Si se comete con intención de servir de ejemplo, especialmente a los jóvenes, el suicidio adquiere además la gravedad del escándalo. La cooperación voluntaria al suicidio es contraria a la ley moral. Trastornos psíquicos graves, la angustia, o el temor grave de la prueba, del sufrimiento o de la tortura, pueden disminuir la responsabilidad del suicida”<sup>62</sup>. Es fácil reconocer, por la cercanía con la que lo usa el texto, que pueden ser causas también los trastornos psíquicos, el pánico extremo, el sufrimiento o la tortura.

Todos estos aspectos que nos angustian son reales. Todos los experimentamos. Jesús los experimentó. Y todos llevan consigo el denominador común de la radical vulnerabilidad. De la conciencia de finitud física radical. El desequilibrio entre el deseo y la realidad ante la que choca permanentemente su objeto ilimitado. El fracaso, la persecución del amigo, el desinterés de los otros y la soledad, el esfuerzo vacío de resultados, la insignificancia o irrelevancia comunitaria, etc., nos ofrecen otras formas paralelas, tal vez menos radicales, de experimentar la angustia. Pero, ¿tiene sentido la angustia?

---

<sup>61</sup> CEC, n. 1501.

<sup>62</sup> CEC, n. 2282. También en el n. 2325, en relación a los motivos atenuantes del comportamiento masturbatorio, el catecismo afirma: “Para emitir un juicio justo acerca de la responsabilidad moral de los sujetos y para orientar la acción pastoral, ha de tenerse en cuenta la inmadurez afectiva, la fuerza de los hábitos contraídos, el estado de angustia u otros factores psíquicos o sociales que reducen, e incluso anulan la culpabilidad moral”.

### 3.2. El sentido y el significado

Blondel, en la obra *La acción*, usa dos términos –sentido y destino– para referirse al gran interrogante del ser humano: “¿Tiene la vida humana un sentido y el hombre un destino?”<sup>63</sup>. El ser humano, como hemos venido analizando, se interroga sobre el sentido de la vida porque de alguna forma le trasciende y le supera<sup>64</sup>. Detrás del desafío de la trascendencia que se abre con esta pregunta aparecen los conceptos *tener sentido*, por un lado, y *dar sentido* por otro. De alguna manera son las dos caras de la única moneda. Nos preguntamos si la vida tiene un *porqué*, una causa. Esta es la pregunta por la verdad de la vida humana. En otro sentido nos preguntamos por el *para qué*, por su finalidad. Es la pregunta por la inteligibilidad y el valor de la vida humana. Como nos recuerda el Prof. Lucas Lucas, “(...) Tener sentido es por tanto anterior al dar sentido porque funda las condiciones necesarias para que el hombre pueda comprometerse responsablemente, es decir, con una libertad fundada en la verdad”<sup>65</sup>.

Para García Morente, la vida del ser humano tiene sentido precisamente porque éste es libre<sup>66</sup>. Sólo un ser libre y consciente de sí mismo puede tener sentido. *Tener sentido* hace referencia a la racionalidad, a la verdad. En esta existencia consciente y libre que somos, hay dos experiencias que parecen poner en situación de crisis la inteligibilidad de la vida. Se trata del sufrimiento y de la muerte. Y será precisamente la muerte la que nos ofrece la forma dramática del problema. La paradoja fundamental. No incluir en el significado de la vida el hecho del morir vendría a ser como ser capaz de entender la muerte fuera de la vida, y sería un absurdo. Es lo que reconocía Sartre cuando afirmaba que “(...) es absurdo que hayamos nacido, es absurdo que muramos”<sup>67</sup>. Y el hecho real es que, por muy dramática que sea, la muerte es una parte de la vida. De tal manera es así que una vida intramundana que no acabara nunca, que fuera definitiva y eterna, dejaría de ser vida. Sería ya otra cosa. Sería otra manera de estar muertos. “¿Por qué actuar hoy si el tiempo es inextinguible?”<sup>68</sup>. El ser humano muere,

<sup>63</sup> Cfr. BLONDEL, M., *L'Action 1893. Essai d'une critique de la vie et d'une science de la pratique*, Puf, Paris 1973, p. VII. Trad.: *La Acción (1893). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, BAC, Madrid 1996, p. 3.

<sup>64</sup> Cfr. LUCAS LUCAS, R., *Horizonte vertical. Sentido y significado de la persona humana*, BAC, Madrid 2008, 428 pp.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>66</sup> Cfr. GARCÍA MORENTE, M., *Concepción cristiana de la vida*, en *Obras completas, I/2*, Anthropos, Barcelona 1996, p. 548.

<sup>67</sup> SARTRE, J. P., *L'être et le néant*, en LUCAS LUCAS, R., *o. c.*, p. 78.

<sup>68</sup> LUCAS LUCAS, R., *o. c.*, p. 79. Es el argumental de fondo de la obra de D'ORMESSON, JEAN, *Historia del judío errante*, Planeta, Barcelona 1992, 495 pp., que narra de manera novelada el mito de

y es inevitable, y en el fondo de su ser sospecha, más allá del dato de la revelación, que su fin no es el tiempo.

La cuestión no se agota en el *tener sentido*. El interrogante hace referencia también al *dar sentido*. La finalidad de la vida humana implica la libertad y sugiere su valor. Y la verdad profunda y dramática para todos es que el *sentido* lo construye cada persona humana desde su originalidad<sup>69</sup>. Se puede fallar en el intento, es claro, pero la búsqueda es universal; nos afecta a todos. Viktor Franckl contradecía a Freud estableciendo que lo que en el fondo mueve al ser humano no es el *deseo de placer*, sino la profunda *voluntad de sentido* que posee. Es una expresión compatible con la de *dar sentido*. Para Ramón Lucas, la crisis de sentido es una consecuencia directa de la disociación entre la dimensión vertical y la dimensión horizontal del ser humano<sup>70</sup>. El sentido de la vida está amenazado tanto por el nihilismo como por el relativismo. Afecta a la inteligibilidad y al valor de la vida. Hay que recuperar la *voluntad de sentido* haciendo pasar nuestro pensamiento del fenómeno al fundamento. No contentándonos con la evitación del pensamiento dramático y yendo hasta el fondo de lo que anhela el alma.

Pero tenemos que aterrizar estas preguntas por el significado y el sentido en relación a la angustia. La angustia requiere incluso una formulación específica de la cuestión: ¿Tiene la angustia sentido y significado? ¿Es portadora de un valor esencial? No puede ser que una realidad tan universal y tan permanente como la angustia pueda carecer de sentido y valor<sup>71</sup>.

Esta cuestión tiene una derivación teológica natural: “Si Dios no existe, ¿de dónde viene el bien? Si Dios existe ¿de dónde viene al mal? Si Dios es bueno ¿por qué el mal? ¿Puede Dios, que está en el origen del bien, estar en el origen del mal?”<sup>72</sup>. Pero la angustia ¿es un mal? Naturalmente la ubicamos en la casilla de lo contraria a la del bien. Pero, creo personalmente, que la angustia tiene la virtualidad de provocarnos el desvelamiento, siempre misterioso, del sentido de la vida y de su verdadero valor. Algo similar a lo que decía Unamuno al afirmar

---

Ahasversus, condenado a vagar eternamente sin patria ni descanso. Otra obra sobre el tema es la de SARAMAGO, J., *Las intermitencias de la muerte*, Alfaguara, Madrid 2005, 280 pp. Como es fácil ver en cualquier editorial, la muerte ha sido y es un tema recurrente para la literatura. Signo de que es un tema que atañe y preocupa a los seres humanos.

<sup>69</sup> Cfr. LUCAS LUCAS, R., *o. c.*, p. 80.

<sup>70</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 83.

<sup>71</sup> Esta es la pregunta que se hace VALVERDE, C., *Antropología filosófica*, Edicep, Valencia 1995, p. 244.

<sup>72</sup> Cfr. LUCAS LUCAS, R., *o. c.*, p. 103.

que "(...) la congoja del espíritu es la puerta de la verdad sustancial"<sup>73</sup>. Para D. Miguel la *congoja* es la angustia que atenaza la garganta hasta cortar la respiración, en el extremo del *sofoco* y del *síncope*. Se trata de un término unamuniano que señala que el ser humano preferiría el sufrimiento a conocer la paz de la muerte. La *agonía* es la angustia ante la certeza del morir. Para Unamuno, el dolor nos hace sentir reales y luchar por nuestra identidad. Pero la congoja es el sufrimiento espiritual ante el temor más grande que es la posibilidad de no sobrevivir. El vínculo que se establece entre el sufrimiento y la conciencia agónica –congoja– establece un itinerario vertical que acaba en Dios, como misterio de plenitud. El *sufrimiento* nos ofrece la posibilidad de tener *conciencia de sí*; ésta nos sitúa en la *congoja metafísica*, de la que se salta con la *esperanza* a la *plenitud*<sup>74</sup>. Esto hace que el sufrimiento no sólo sea revelador de sentido, sino generador de la plenitud del ser. Esta plenitud anhelada se genera a través de la experiencia de la finitud y de la insatisfacción existencial. Unamuno llegará incluso a atribuir *dolor* al mismo Dios, y dolor supremo, aunque sin las notas características del dolor material. Es necesario conseguir la *conciencia agónica*<sup>75</sup> para captar en profundidad el misterio del ser humano.

Por todo lo que llevamos dicho, podemos concluir que una de las vías para entender el misterio del ser humano es la *via doloris*, el camino de la *angustia*. Pero es muy importante subrayar que, a pesar de su función pedagógica, incluso salvífica, el dolor y el sufrimiento es un mal contra el que hay que luchar, buscando superarlo, suavizarlo o eliminarlo. Aunque del mal se pueda sacar algún bien, el mal es mal. Por tanto, no hablamos del sufrimiento superable, al que es relativamente fácil encontrarle un sentido. Pero cuando el sufrimiento no es superable, ¿es posible un sentido? Depende la respuesta de la actitud del sujeto. Porque el sufrimiento no superable puede ofrecer o la ocasión más elevada de dar sentido a la vida, o la ocasión definitiva del sinsentido y el absurdo. El sufrimiento irreversible tiene tanto un valor pedagógico o instrumental, como una ocasión de sentido de la vida de la persona. Hay valores de la persona que se despiertan ante el sufrimiento, como son el equilibrio y el dominio de sí, la paciencia, el valor, la fuerza de voluntad, la

<sup>73</sup> UNAMUNO, M., *Vida de Don Quijote y Sancho*, en *Obras completas*, IV, Afrodisio Aguado, Madrid 1950, p. 331.

<sup>74</sup> Cfr. LUCAS LUCAS, R., *o. c.*, p. 97. Para Unamuno, el dolor, además de dimensión ontológica, nos muestra la profundidad de nuestra conciencia de ser. Para alcanzar a tener conciencia segurísima de que un miembro nos pertenece es necesario que duela. El dolor tiene un porqué: ser criterio de la que es real. El *cogito, ergo sum* de Descartes, se transforma en Unamuno en *doleo, ergo sum*.

<sup>75</sup> Tengamos en cuenta que *conciencia agónica* no es lo mismo que conciencia dolorida por una experiencia pasada, sino conciencia combativa hacia el presente.

confianza, la esperanza, etc. Es evidente, por otro lado, que el sufrimiento, aceptado o rechazado, nos saca de la anodina actitud ante el ordinario existir introduciendo una discontinuidad generadora de retos. Y Dios, que se nos revela en la serenidad de la vida ordinaria, encuentra una especial elocuencia cuando salimos vitalmente de nuestras esclavitudes y sufrimientos del Egipto personal (Ex 13-15).

### 3.3. ¿Cómo nos saca el Amor de la angustia?

El amor nos saca de la angustia. Dios mismo, a quien la Revelación denomina amor, ha asumido, con la Encarnación, la angustia para sanarla. La sana asumiéndola, como sana nuestra naturaleza asumiéndola. Porque amar es la única experiencia verdaderamente infinita de la que somos capaces. Y, entre las opciones posibles ante la agonía existencial de la angustia, el amor es la respuesta finita capaz de mayor plenitud. De este modo, la angustia no tiene el amor como antinomia, sino como complemento. En el corazón de la mayor angustia está la posibilidad del mayor amor.

El Catecismo de la Iglesia católica, hablando en esta ocasión de la virtualidad de la gracia en el sacramento de la Unción de los enfermos, nos dice: “Un don particular del Espíritu Santo. La gracia primera de este sacramento es una gracia de consuelo, de paz y de ánimo para vencer las dificultades propias del estado de enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez. Esta gracia es un don del Espíritu Santo que renueva la confianza y la fe en Dios y fortalece contra las tentaciones del maligno, especialmente la tentación de desaliento y de angustia ante la muerte (Cf. Hb 2,15). Esta asistencia del Señor por la fuerza de su Espíritu quiere conducir al enfermo a la curación del alma, pero también a la del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios (Cf. Cc. de Florencia: DS 1325). Además, “si hubiera cometido pecados, le serán perdonados” (St 5,15; Cf. Cc. De Trento: DS 1717)”<sup>76</sup>. Se trata de un texto que conviene desentrañar y descubrir la buena noticia que encierra en sí.

El desaliento y la angustia ante la muerte aparecen como tentaciones del maligno. Al citar la carta a los Hebreos nos ofrece el criterio hermenéutico de la doctrina de la fe: “Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud”<sup>77</sup>. La angustia vital que so-

<sup>76</sup> CEC, n. 1520.

<sup>77</sup> Heb, 2, 14-15.

breviene a la muerte es consecuencia de la existencia en la naturaleza de la misma muerte. Al diablo se le denomina *señor de la muerte*, porque somete con ella a los hombres a la esclavitud. Cristo ha vencido a la muerte y, por tanto, a la angustia. El amor que llegó al extremo en la muerte del Señor, es el extremo final de la angustia. Su amor venció su angustia y, por ende, venció nuestra angustia. Nos mostró el camino y nos obtuvo la gracia del Espíritu Santo que se nos dona en la gracia de los sacramentos. Con ella obtenemos la gracia del consuelo, de la paz y el ánimo para vencer la enfermedad y superar al señor de la muerte.

Lo que ocurre en el sacramento de la Unción ocurre en todos los sacramentos. Allí donde el amor de Dios es derramado sobre el corazón de una persona, allí el amor es alimentado para vencer toda agonía vital, toda conciencia agónica, toda desesperanza y angustia. El amor se revela como don y como experiencia. No se anula la angustia en cuanto tal, sino que la angustia, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra finitud se deja enriquecer por un amor que le sale a su encuentro. Una angustia transformada por el amor que eclosiona desde su centro por la gracia de quien redimió la angustia de una vez para siempre. Cada experiencia personal de angustia es un memorial de Getsemaní, y una posibilidad de experimentar el *sin-límite* del amor de Dios. Se toma la opción –libremente asumida– de darle al misterio de la muerte la posibilidad de ser vencida. No deja de estar la angustia, inherente como toda tentación esclavizante, pero está vencida por la sangre del Cordero<sup>78</sup>. La superación del miedo a la muerte es gracia del Cordero como nos muestra el libro del Apocalipsis. En él está la victoria. Lograron darle un nuevo sentido a la vida venciendo la esclavitud de la muerte; la esclavitud ante la muerte. El tiempo es corto, le queda poco tiempo, porque la finitud conscientemente asumida, rota, por el amor infinito, es la victoria del Cordero.

La angustia no desaparece negándola ni disimulándola. Aunque narcotizamos la existencia por cualquier rendija se derrama la sorprendente experiencia vital de la angustia. La negación de la experiencia, sea por la vida de considerarla patológica o por la vía de suponerla como alienación, no hace que desaparezca. Negarla es negar la experiencia humana de existir. Una felicidad buscada a precio de negar la existencia de la angustia es una felicidad en minúsculas, que se edifica sobre arenas movedizas. Es tenaz y no se le puede negar su

<sup>78</sup> Ap 12, 11-12: “Ellos lo vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra del testimonio que dieron, porque despreciaron su vida ante la muerte. Por eso, regocijaos, cielos y los que en ellos habitáis. ¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado donde vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo»”.

lugar en la existencia humana. La angustia necesita, para ser manejada adecuadamente, que sea asumida, que genere preguntas, que nos ayude a descubrirnos en el amar. Asumirla es tomar conciencia de que su malestar es real, está ahí y somos conscientes de él. Nos molesta porque está. Aceptar su presencia que nos posibilita descubrir el significado de la vida y su sentido más profundo. Dejarnos instruir por ella. Dejar que su pedagógica presencia nos revele la verdad finita de la dimensión material de nuestra naturaleza humana. Somos así, y no nos auto-engañemos imaginándonos como no somos. La otra dimensión espiritual de nuestra naturaleza humana sale a la luz con la toma de conciencia de nuestra finitud. Aceptarla es reconocernos distintos de su aparente final, porque nuestro deseo choca con el muro de su presencia.

Para el creyente no es más fácil. La palabra de Dios asume este temor del corazón como condición básica, universal del existir humano abordándolo en toda su crudeza; pero no para abolirlo o enseñarnos un sistema o método para suprimirlo de nuestra vida –como lo intentan algunas filosofías o ideologías actuales– ni mucho menos se recrea en ello o lo fomenta, sino que lo coloca en el sitio que corresponde, con un sentido dentro de nuestra propia vida<sup>79</sup>. Desde la fe, la angustia a partir de la Cruz, es fecunda, y toda la angustia en el mundo resulta fecunda desde ahí, mediante el dolor de los hijos de Dios, sostenidos por los suspiros del Espíritu Santo para el nacimiento en dolor del nuevo mundo (cfr. Rom 8, 19-27).

Aceptada la molestia de su presencia, dejamos que surjan todos los interrogantes que nos desgastan. Preguntas que nos ofrecen la ocasión de rebuscar los límites de lo pensable. Y terminar preguntándonos si es razonable un amor infinito a la altura de una angustia total. Y amar. Y descubrir que el amor vence la angustia. Porque el amor es siempre más grande, lo más ilimitado de la limitación humana. Quien pudo hacernos capaces de amar y de ser amados, puede responder a la altura de nuestros más íntimos anhelos de vida plena.

#### CONCLUSIÓN:

No hemos pretendido agotar el tema de la relación de la angustia con la vida cristiana. Porque no se puede agotar. Porque, por mucho que podamos decir, el abismo de lo que queda pendiente sigue siendo inmenso. La esperanza en el

<sup>79</sup> Cfr. PÉREZ, ANA, *Los creyentes y la angustia según la Biblia*, 1ª Conferencia del V EFCSM, © 2010, Fundación MAIOR, en [www.maior.es](http://www.maior.es) [on line 20/06/2016].

amor de Dios es el lugar en el que acaban todos los posibles postulados de sentido. Y ese término nos sitúa en el lugar adecuado. Allí el descontento vital es capaz de combinarse de manera adecuada con la ilusión de un alma que se sabe amada. Y ya, la limitación imagina lo ilimitado, y la fragilidad precaria de la finitud imagina la plenitud de la vida. Será distinta, pero será la plenitud de esta vida. Porque desde esta vida se anhela y se inicia ya el encuentro con la plenitud del amor. Amar no es la puerta de escape de la angustia. Es su salvación. El amor sana la angustia. Ya no sangra el alma en la tragedia del sinsentido; pero sigue estando la cicatriz de una herida curada en la sangre del Cordero. Cicatriz que es la herida sana de una angustia persistente y reveladora. La vida cobra un nuevo valor y la libertad se expande. Y la mirada limpia de temores ciegos contempla el rostro del misterio; el amor tiene un rostro que sanó mi angustia.

Cuando me dijeron que Policarpo había muerto sentí el vértigo de mi muerte en su muerte. Me pregunté, sin que nadie se enterase, en el silencio del susto, si tenía derecho, como creyente, a permitirme aquel vértigo. Y le pregunté a Jesús. Y fue su angustia en Getsemaní la respuesta. Por eso, a Policarpo le debo este rato de pensamiento en búsqueda. Su muerte se revela para mí como un grito de vida. Y aquel vértigo se viste de confianza. Ser cristiano es saber que la angustia ha sido sanada. Es tocar con la mano la cicatriz de aquella herida sana, y decir gracias.

**In memoriam Policarpi:**

*Hoc scriptum amico dedico.*

*Mors tua nos vitamque nostram auxiliavit.*

*Amor in angustiis cecidit.*

*Sed amor vincit.*